

pondiente al esplendor de su nacimiento, con asistencia del rey su hermano y de toda la nobleza de ambas naciones. Su cadáver fué sepultado en una cueva ó gruta subterránea, que estaba en los jardines del mismo palacio y próxima á un estanque, donde aquella señora solía bañarse, y la entrada se cerró con una piedra de poco peso. El día siguiente una muchacha de cinco ó seis años, que vivía en palacio, tuvo el capricho de ir desde la habitacion de su madre, á la del mayordomo de la difunta, que estaba mas allá del jardín, y al pasar por el estanque, vió á la princesa sentada en los escalones de éste y oyó que la llamaba con la palabra *cocoton*, de la que se sirven en aquel país, para llamar y acariciar á los niños. La muchacha, que por su edad no era capaz de reflexionar en la muerte de la princesa, y pareciéndole que ésta iba á bañarse, como lo tenía de costumbre, se acercó sin recelo, y la princesa le dijo que fuese á llamar á la mujer del mayordomo. Obedeció en efecto; mas esta mujer, sonriendo y haciéndole cariños le dijo: "hija mia, Papanzin ha muerto, y ayer la hemos enterrado." Mas como la muchacha insistía, y aún la tiraba del traje, que allí llaman *huipilli*, ella, más por complacerla, que por creer lo que le decía, la siguió al sitio á que la condujo; y apenas llegó á la presencia de aquella señora, cayó al suelo horrorizada y sin conocimiento. La muchacha avisó á su madre, y ésta, con otras dos mujeres, acudieron á socorrer á la del mayordomo; mas al ver á la princesa, quedaron tan desparvoridas, que tambien se hubieran desmayado, si ella misma no les hubiese dado ánimo, asegurándoles que estaba viva. Mandó por ellas llamar al mayordomo, y le mandó fuese á dar noticia de lo ocurrido al rey su hermano: mas él no se atrevió á obedecerla, porque temió que el rey no diese crédito á su noticia, y sin examinarla lo castigase con su acostumbrada severidad. "Id, pues, á Tezcucuo, le dijo la princesa, y rogad á mi nombre al rey Nezahualpilli que venga á verme." Obedeció el mayordomo y el rey no tardó en presentarse. A la sazón, la reina había entrado en uno de los aposentos del palacio. Saludóla el rey lleno de temor, y ella le rogó que pasase á México, y dijese al rey su hermano que estaba viva, y que necesitaba verlo, para descubrirle algunas cosas de suma importancia. Desempeñó Nezahualpilli su comision, y Motecuzoma apenas podía creer lo que estaba oyendo. Sin embargo, por no faltar al respeto debido á su aliado, fué con él y con muchos nobles

mexicanos á Tlatelolco, y entrando en la sala donde estaba la princesa, le preguntó si era su hermana. "Soy, respondió, vuestra hermana Papan, la misma que habeis enterrado ayer: estoy viva en verdad, y quiero manifestaros lo que he visto, porque os importa." Dicho esto, se sentaron los dos reyes, quedando todos los demas en pié, mararavillados de lo que veían."

"Entónces la princesa volvió á tomar la palabra, y dijo: despues que perdí la vida, ó si esto os parece imposible, despues que quedé privada de sentido y movimiento, me hallé de pronto en una vasta llanura, á la cual por ninguna parte se descubría término. En medio observé un camino, que se dividía en varios senderos, y por un lado corría un gran rio, cuyas aguas hacían un ruido espantoso. Queriendo echarme á él, para pasar á nado á la orilla opuesta, se presentó á mis ojos un hermoso jóven, de gallarda estatura, vestido con un ropaje largo, blanco como la nieve y resplandeciente como el sol. Tenía dos alas de hermosas plumas, y llevaba esta señal en la frente, (al decir esto, la princesa hizo con los dedos la señal de la cruz), y tomándome por la mano, me dijo: "Detente, aún no es tiempo de pasar este rio. Dios te ama, aunque tú no le conoces." De allí me condujo por las orillas del rio, en las que ví muchos cráneos y huesos humanos, y oí gemidos tan lastimeros, que me movieron á compasion. Volviendo despues los ojos al rio, ví en él unos barks grandes, y en ellos muchos hombres, diferentes de los de estos países en traje y color. Eran blancos y barbudos, y tenían estandartes en las manos y yelmos en la cabeza. "Dios, me dijo entónces el jóven, quiere que vivas, á fin de que des testimonio de las revoluciones que van á sobrevenir en estos países. Los clamores que has oido en estas márgenes, son de las almas de tus antepasados, que viven y vivirán siempre atormentados, en castigo de sus culpas. Esos hombres que ves venir en los barcos, son los que con las armas se harán dueños de estos países, y con ellos vendrá tambien la noticia del verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra. Cuando se haya acabado la guerra, y promulgado el baño que lava los pecados, tú serás la primera que la reciba y gúte con su ejemplo á todos los habitantes de estos países." Dicho esto desapareció el jóven, y yo me encontré restituida á la vida: me alcé del sitio en que yacía, levanté la lápida del sepulcro, y salí al jardín donde me encontraron mis domésticos."

Hasta aquí Clavigero, quien tomó la relación de Torquemada: (1) en la misma fuente bebió Vetancourt. Según el testimonio del cronista franciscano, Motecuhzoma se apesadumbró por la noticia, y no volvió á ver á su hermana; ésta vivió vida retirada, comiendo una vez al día, y cuando comenzó la predicación evangélica fué la primera que se bautizó en el Tlatelolco, llamándose Doña María Papan; hizo vida de buena cristiana, acabando sus días loablemente. "Esta historia, como en este capítulo se ha contado, se sacó de pinturas antiguas y se envió por escrito á España, y fué cosa muy cierta entre los antiguos y Doña María Papan muy conocida en este pueblo; y es de creer que así sucediera, pues así se platicaba." (2) En nuestro parecer, este caso maravilloso, si está bien autenticado, se resuelve admitiendo un caso de catalepsia; en cuanto á la relación de la enferma, quitadas las variantes añadidas después por la tradición, va conforme con la idea que entonces fermentaba en los ánimos acerca de la venida de los hombres blancos y barbudos: no se puede extrañar la mención de la cruz, que les era conocida.

Boturini (3) menciona la resurrección de la hermana del rey de Michhuacan, pero no se refiere á esta época, sino á la del sitio de México por los castellanos en 1521.

Para aplacar la cólera de los dioses, y atajar si pudiera los decretos del hado, Motecuhzoma se entregó á continuas guerras, á fin de proporcionarse víctimas; se distraía en alternar los cuidados guerreros con los religiosos. El ejército aliado marchó contra la provincia de Icpatepec, á la cual sujetó de nuevo, trayendo para manjar de los dioses 3860 cautivos. Guerrearon contra Malinaltepec cogiendo 140 prisioneros, y contra Izquixochtlan en donde tomaron 400. Hicieron la guerra sagrada contra Tlaxcalla, Huexotzinco y Atlixco, cautivando en esta última 160 hombres, si bien perdieron algunos de sus más bravos capitanes. Los de Cuclachtla rehusaron pagar el tributo, dando muerte á los recaudadores imperiales. La causa del alzamiento fué, que los hechiceros, "en un lugar que ellos tenían cavado en la tierra, á manera de pozuelo, donde adi-

(1) Monarquía indiana, lib. II, cap. XCI.

(2) Torquemada, loco cit.

(3) Catálogo del Museo Indiano, pár. XIV, núm. 1.

"vinaban, vieron unos hombres barbados, armados y á caballo, y que los caballos estaban enjaezados y con pretales de cascabeles, y que los mexicanos iban detras de ellos, cargados con huacales y otros instrumentos de servicio: de lo cual coligieron la ruina próxima del imperio mexicano, hecha por aquella gente valerosa, que los había de avasallar y rendir." (1) Todas estas relaciones vienen comprobando el estado de preocupación de aquellos pueblos, atentos á los sucesos del porvenir. La rebelión quedó sin castigo.

VI acatl 1511. Aquellos espíritus enfermizos y acobardados, miraban los hechos bajo el falso prisma de sus sentimientos. "Apareció en el aire un gran pájaro, á manera de paloma torcaz, con cabeza de hombre, que pronosticaba la velocidad con que venían los que los habían de desposesionar de sus reinos. Este mismo año cayó una columna de piedra, grande, junto al templo de Huitzilopochtli, sin saber de dónde había venido, sólo se supo el haberla visto caer." (2) Por este tiempo hacia la mar del Norte se anegaron los Tuzapanecas con un diluvio, que por ellos pasó y asoló sus tierras. En el pueblo de Tecualoya, en un lugar llamado Teyahualco, cogieron un ferocísimo animal, de muy horrenda y espantosa hechura. En Tetzcuco se vino del campo una liebre, y entrando por la ciudad se metió en las casas del rey, y no paró hasta llegar corriendo á lo más interior de su palacio, y queriendo matar sus criados, dijo el rey Nezahualpilli: dejadla, no la mateis, que esa dice la venida de otras gentes, que se han de entrar por nuestras puertas, sin resistencia de sus moradores." (3)

"Aparecieron en el aire hombres armados, que peleaban unos contra otros." (4) No son los pueblos de México los inventores exclusivos de semejantes patrañas; la historia del Viejo Mundo abunda en estas consejas, admitidas por el vulgo con tanta mayor fé, cuanto más absurdas y fantásticas son. Largamente refiere Josefo los pronósticos que precedieron á la toma de Jerusalem; las crónicas de España relatan los portentos acaecidos antes de la invasión de los moros, y así de otras muchas naciones. Todavía hoy, entre los pue-

(1) Torquemada, lib. II, cap. LXXVIII.

(2) Parece haber sido otro aereólito.

(3) Torquemada, lib. II, cap. LXXVIII.

(4) Torquemada, lib. II, cap. CX.—Véanse en Sahagun, tom. 2, pág. 281, la relación de algunos prodigios, entre los cuales no se cuenta este.

blos civilizados, por motivos livianos, se acredita una fábula, sin faltar mentirosos ó ilusos que se digan testigos presenciales.

“Año de seis Cañas y de 1511, sujetaron los mexicanos al pueblo de Iepatepec (Iepatepec), subieron con escaleras por ser el peñol agrio. En este año hubo grandes nieves y tembló la tierra tres veces.” Así el intérprete, lo que en realidad presentan las pinturas de los Códices Vaticano y Telleriano es, la indicación de abundantes lluvias en aquel año; la guerra contra Tlachquiuhco, cuyos prisioneros murieron en la fiesta de Tlacaxipehualiztli; el asalto con escalas del pueblo de Cuatzontepéc, (no de Ixpatepec) según lo dice el nombre geroglífico, la repetición del terremoto por tres veces.

Insurreccionáronse las provincias de Xaltepec, Cuatzontlan é Iepatepec, dieron muerte no sólo á los mercaderes y tratantes, sino á todos los méxica que encontraron en sus términos, quebrando en seguida los caminos y llenándoles de obstáculos, según la costumbre que indicaba la ruptura de relaciones. Sabida la noticia por Motecuhzoma resolvió la guerra; púsose él al frente del ejército, llevando en su compañía á Totoquihuatzin, pues Nezahualpilli permaneció en Texcoco. Una jornada después de salido de México el emperador, ó antes de ponerse en marcha, según la otra versión, Motecuhzoma hizo acudir á los de Tlatelolco con todos los objetos á que estaban obligados para la campaña, y dejando encargado del gobierno al Cihuacoatl, le previno diera muerte á todos los ayos de los príncipes y á las ayas de las mujeres y concubinas, nombrando personas nuevas: (1) la orden fué cumplida exactamente. Los ejércitos invasores de una provincia lejana eran muy numerosos; componíanse no sólo de los guerreros aliados y de los contingentes exigidos á los pueblos sometidos, sino de gran multitud de voluntarios de todos los pueblos, aún de los más encarnizados enemigos de los méxica, como los tlaxcalteca y huexotzinca. El principio religioso y el interés personal se reunían para producir aquel movimiento; el ser agradables á los dioses trayéndoles víctimas, la codicia de enriquecerse con los despojos de los vencidos, la absoluta licencia en que el soldado vivía durante la campaña. Por otra parte, aquellos pueblos veían con indiferencia la muerte: las reglas de moral decían

(1) Durán, cap. LV.

á los hombres:—“Adornad vuestras personas y gozad del tiempo presente, porque teneis la muerte en vuestra presencia; mirais delante á vuestros enemigos, y tal vez mañana les dareis la muerte ó la recibireis de sus manos; por ahora, danzad y saboread las dulzuras del reposo.”—La causa por qué se movían así tantos á la guerra, dice otro autor, (1) aunque la principal era su propio interés y ganancia de honra y bienes, lo segundo era no tener su vida en nada, y tener por bienaventurados á los que en la guerra morían; y así llamaban á la guerra *xuchiyaooyotl*, que quiere decir, *guerra florida*, y por el consiguiente llamaban á la muerte del que moría en guerra *xuchimiquiztli*, que quiere decir, *muerte rosada, dichosa y bienaventurada*.”

Llegado el ejército delante de Cuatzontlan, Motecuhzoma dividió á los méxica, aculhua y tepaneca en tres cuerpos diversos á fin de que combatiendo por diversos lugares, la emulación les hiciera rematar grandes hazañas. Los *quimichtin* ó espías penetraron en la plaza, no obstante los muros de que estaba rodeada, volviendo al campo con utensilios tomados dentro de las casas y aún con niños pequeños hurtados del lado de sus madres; tanto descuido pareció al emperador desprecio por su persona, y para castigarle dió orden de pasar á cuchillo á hombres y mujeres de cincuenta años de edad, arriba. La razón de esta matanza era, “porque estos eran los que cometían las traiciones y eran causa de la rebelión y incitaban á la demás gente moza y les aconsejaban siempre mal.” (2) Consecuencia era esta medida de la idea reformadora del monarca, pretendiendo destruir todo lo antiguo, sustituyéndole con su nuevo antojo. Puesto el ejército delante de los muros de Cuatzontlan, el emperador hizo aplicar las escalas á los muros, protegido por sus mejores capitanes y dando órdenes con el tambor de oro que á la espalda llevaba, llamado *cuahxilucatzoque*, trepó al asalto; los guerreros entraron en la plaza derramándose por las calles, robando las casas ó incendiando el teocalli principal. Idéntica suerte corrieron las otras ciudades insurreccionadas. (3)

El señor de Tecuantepec, mirando triunfantes á los méxica, vino

(1) Durán, cap. LV.

(2) Durán, cap. LV.

(3) Durán, cap. LV.—Tezozomoc, cap. ochenta y ocho. MS.

al campo trayendo los tributos en que estaba atrasado y además cuantiosos regalos, disculpándose de no haber sido puntual; le fué admitida la disculpa y aún recibió agasajos y regalos. De Xultepec, en regreso para Tenochtitlan, Motecuhzoma fué traído en andas cargadas por los nobles; los pueblos salían á su encuentro, poniéndose á un lado y otro del camino, con el mayor silencio y compostura, humillándose en presencia del monarca; se le recibía en todas partes como triunfador, aposentándole y regalándole lo más ostentosamente posible, haciéndole reverencia cual si fuera un dios. Más suntuoso fué el recibimiento en Chalco; pero sin esperar, Motecuhzoma se dirigió al peñon de Tepepolco, mandando órdenes al Cihuacoatl para que á los guerreros se les recibiera con los honores del triunfo. Para ver si cuanto mandaba era cumplido con rigurosa exactitud, el receloso emperador dejó el peñol al cerrar la noche, atravesó el lago de incógnito en una canoa; penetrando de secreto en México. Convencióse al siguiente día de ser obedecido puntualmente, al presenciar de oculto la entrada del ejército; sea que el monarca dejase traslucir su presencia, sea que la descubriesen los cortesanos, cundió pronto la noticia de estar ahí, yendo nobles y pecheros á felicitarle y rendirle muestras de la acostumbrada adoración. (1)

Los prisioneros de estas expediciones estaban destinados á solemnizar la estrena de las capillas del templo de Huitzilopochtli, reedificadas despues del incendio del año anterior. Pareciéndole pequeño á Motecuhzoma el Cuauhxicalli construido por su abuelo, dió órdenes para labrar otro mayor; canteros y entalladores salieron en busca de la piedra, hallándola de las medidas justas en el cerrillo de Aculco, provincia de Chalco. Sacada de su asiento y labrada, acudió inmenso gentío con sogas, palancas é ingenios, á fin de moverla para México. Vinieron los sacerdotes, incensaron la piedra, sacrificáronla codornices y la cubrieron con papeles, gotas de copalli, y de ulli; danzantes y cantores debían venir delante por el camino, acompañándoles bufones y chocarreros representando farsas, diciendo chanzas y donaires al pueblo. Terminados los preparativos, la multitud tiró de las sogas; mas con gran sorpresa la roca no se movió punto, reventando las cuerdas cual si fueran frágiles hilos. Al

(1) Durán, cap. LV.—Tezozomoc, cap. ochenta y nueve. MS.

mandato de Motecuhzoma, se unieron los de Acolhuacan á los trabajadores y más felices arrastraron al trozo hasta Tlapehuacan. Al proseguir el trabajo al siguiente día, fué imposible arrancarle del sitio, resistiendo así dos días enteros. Avisado el emperador, hizo venir á los otomfes; cuando todos, armando gran vocería, tiraban fuertemente de las sogas, una voz salió de lo interior de la piedra, diciendo:—“Miserable gente y pobre y desventurada, ¿para qué “porfías á me querer llevar á la ciudad de México? Mirad que vuestro trabajo es en vano, y yo no he de llegar, ni es mi voluntad; “pero pues que tanto porfiais, estirad, que yo iré hasta donde á mí “me pareciere, por vuestro mal.” (1) Despues de aquel prodigio, que dejó atónito al pueblo, la piedra se dejó mover cual objeto liviano hasta Tlapitzahuayan.

Traída de refrezco la gente de Azcapotzalco, la piedra habló segunda vez repitiendo lo dicho, añadiendo: “ya no soy menester allá, “porque ya está determinada otra cosa, la cual es divina voluntad “y determinacion: que no quiera él hacer contra ella; que ¿para “qué me lleva? para que mañana esté caída y menospreciada por “ahí; y avísale que ya se le acaba su mando y oficio, que presto lo “verá, y experimentará lo que ha de venir sobre él, á causa de que “se ha querido hacer más que el mismo Dios, que tiene determi- “nadas estas cosas: y así, dejadme, porque si paso adelante será por “vuestro mal.” Sin arredrarse, Motecuhzoma mandó proseguir la empresa, la roca se dejó llevar fácilmente hasta Techico, junto á Itztapalapan, y luego hasta Atoztitlan, ya dentro de la calzada, en donde fué recibida por los moradores de la ciudad con música, bailes, zahumerios, rosas y estrepitosa alegría. Estando el pedrusco encima del puente de Xoloc, quebráronse con estrépito las vigas, precipitándose la masa al fondo del foso, arrastrando tras sí gran número de gente, con algunos de los sacerdotes oficiantes. El emperador, hizo traer los mejores buzos de los lagos, los cuales, aunque porfiaron buscando en el fondo del agua, no encontraron la roca ni rastro de ella; alguno opinó, porque se habría vuelto á su primitivo asiento, y en efecto, yendo algunos á Aculco la vieron en su antiguo lugar, rodeada de las sogas rotas, con los papeles, copalli, ulli y manchas de sangre del sacrificio: fué Motecuhzoma en per-

(1) Durán, cap. LXVI.

sona á verla y sobre ella, para contentarla, sacrificó algunos cautivos. (1)

Evidentemente está fundada esta relacion en las dificultades que debió presentar la traslacion de una mole de gran peso, que se dejaba tratar, fácil ó dificultosamente, segun el terreno por donde la pasaban y los medios empleados en ello; se explica la rotura del puente, porque no era sobrado resistente, y si la piedra no fué encontrada por los buzos, es que la gravedad la hizo hundir en el fango del fondo de la laguna. Los demas pormenores son fabulosos, acreditados despues entre el vulgo, con creces y comentarios. Y no hay porque maravillarse de esto, pues como atinadamente observa el Sr. D. Fernando Ramírez, (2) abundan en la historia del Antiguuo Mundo menciones de objetos, que ya se hacen pesados, de manera que no pueden ser removidos, ya se trasladan por su voluntad de un punto á otro, ya hablan como seres racionales, dando respuestas y aun prediciendo el porvenir. La humanidad, en todos los tiempos y en todos los mundos, se ha extraviado imaginando lo prodigioso y lo desconocido.

Sin que el milagro de la piedra fuera parte á torcer las intenciones del emperador, fué construida nueva casa para el Cuauhxicalli y el teocalli de Tlamatzinco, á cuya fábrica concurrieron los pueblos de Cuauhquiahuac y Mixcohuatepec. Los aliados salieron contra Tlachquiahuco, cuya poblacion arrasaron, trayendo prisionero á su señor Malinal. Segun el cronista, los doce mil docientos diez prisioneros tomados en aquellas entradas, fueron sacrificados en la dedicacion de los nuevos edificios. (3)

Trascurrido el año á que fueron sentenciados los guerreros de Tenocitlan, dispuso Motecuhzoma nueva guerra contra Tlaxcalla; hicieron los preparativos, sin contar con los afrentados; pero ellos se reunieron al ejército en calidad de voluntarios y como simples aventureros. Los méxicas se portaron cual convenia á su antigua fama, y si bien no hubo conocida ventaja por ninguno, pues quitaron tanta gente á los contrarios, cuanto ellos perdieron por su parte, el

(1) Durán, cap. LXVII.—Tezozómoc, cap. ciento dos, MS.

(2) Véanse las notas al P. Durán, tom. 1, pág. 509—510—513. En ellas encontrará el lector copiosos ejemplos de lo que decimos.

(3) Torquemada, lib. II, cap. LXXIX.

emperador se dió por satisfecho, pues aquella no había sido nueva derrota. Recibióse en México el ejército con los honores triunfales y despues de hacer la humillacion á Huitzilopochtli, vino á desfilar ante Motecuhzoma, quien recibió benigno á los guerreros, elogió su valor y públicamente devolvió á los suspensos sus insignias y grados. La alegría de la ciudad, fué á proporcion del pasado desconuelo, aumentada con las fiestas públicas y los prodigos regalos, hechos á todas las clases. Siguióse la fiesta de los muertos, con paavorosa solemnidad. (1)

Los prisioneros tlaxcalteca fueron sacrificados, parte en el sacrificio ordinario, parte en el sacrificio de fuego; el resto en el sacrificio particular de la diosa Toci, (2) madre de los dioses, y *corazon de la tierra*, pues hacíala temblar cuando era su voluntad. Aunque en México se encontraba una imágen de la diosa, tenía templo particular en el lugar donde ahora se alza el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, cerca del pequeño teocalli llamado Cihuateocalli, teocalli de las mujeres, situado en el extremo de la calzada que por el Norte salta de la ciudad; llamábase aquel sitio Tocitlan, junto á Toci. El templo, si tal puede decirse, consistía en “cuatro maderos hincados, puestos en cuadro, que cada uno tenía á más de veinte y cinco brazos de alto y de grueso que dos hombres no los podían bien abrazar: en la cumbre de estos cuatro palos estaba hecho un andamio, y sobre el andamio un buho de paja con que estaba cubierto.” En cuanto al ídolo, “era una figura de mujer anciana, con la media cara blanca, que era de las narices para arriba y de las narices para abajo negra. Tenía una cabellera de mujer cogida á su uso, y encima de ella unas guedejas de algodón, pegadas como una corona, hincados á los lados de la misma cabellera unos bezos con sus mazorcas de algodón hilado en ellos, de las puntas de estos bezos, colgaban unos copos de algodón cardado. En la una mano tenía una rodela y en la otra, una escoba: al colodrillo le tenían puesto un plumaje, de plumas amarillas; tenía una camisa corta, con una orla al cabo de algodón por hilar, y sus enaguas, todo el vestido blanco: estaba este ídolo

(1) Durán, cap. LXI

(2) Durán, cap. LXII.

“puesto en aquella pieza, siempre en su altar, sin guarda de sacerdote, ni otra gente que la guardase.” (1)

Verificábanse los sacrificios en la honra de la Toci, en manera singular. Hincaban en tierra cuatro grandes maderos gruesos y de treinta brazas de altura, formando un cuadro; de alto á abajo atravesaban otros maderos horizontales, formando con los otros una especie de escalas. Los sacrificadores, con mitras de papel en la cabeza, pintados con yeso los ojos, labios, molledos y muslos, con banderas de papel colocadas por el cuerpo, subían por los travesaños, colocándose en el remate amarrados á los palos para no caer. Cuatro ministros se apoderaban de la víctima haciéndola trepar por las escalas; si tenía miedo ó se resistía, punzábanle las asentaderas, con puas de maguey: llegada á la parte superior, apartábanse los ministros conductores y los sacerdotes amarrados en los palos la empujaban hasta hacerla caer, con lo cual se hacía pedazos contra el suelo; allí caida, otros ministros la degollaban, recogiendo la sangre en un lebrillo adornado con plumas encarnadas, el cual lleno de sangre era colocado delante de la diosa. (2)

Llamábase el tablado de la diosa *Tocicuahuitl*, y en él había una lumbre de noche, que servía de faro á los caminantes, para encontrar el principio de la calzada. (3) Los veleidosos huexotzinca, apartándose de la amistad de los tenochca, celebraron paces y alianza con Tlaxcalla, y para darles pruebas de verdadera amistad, vengando la muerte cruel dada á los prisioneros, vinieron de secreto una noche, y pusieron fuego al tablado de la Toci. Parece que nada fué notado por los veladores nocturnos, supuesto que al día siguiente sólo se encontraron en el sitio un monton de ceniza y algunos carbones. Tenochtitlan entero quedó horrorizado de aquel desatado; no reconoció límites la cólera del emperador y para castigar en alguién y de pronto la maldad, mandó poner en prision á los sacerdotes de la diosa, llenó el suelo de la cárcel de algunos fragmentos de obsidiana para que se hiriesen las carnes, dándoles de comer

(1) Durán, Segunda parte, cap. XV. MS.

(2) Durán, Segunda parte, cap. XV. MS.

(3) Tezozomoc, cap. noventa y nueve MS. Precisando el lugar en donde estaba la Toci, dice: “abajo del cerrillo, que es ahora la albarrada de Santiesteban, antes de llegar á Acachinanco.”

poco á fin de que muriesen lentamente: todos los días iban á afearles su descuido en haber dejado quemar el templo. (2)

Practicáronse sin fruto exquisitas diligencias para descubrir á los autores del crimen, hasta que los de Tlatelolco participaron, que uno de los prisioneros tlaxcalteca había declarado que los huexotzinca habían ido á Tlaxcalla á vanagloriarse del hecho; por sólo aquel dicho se les declaró culpables. El templo de la Toci quedó levantado sobre cuatro maderos más altos y mejores que los destruidos, colocáronse sobre el tablado, abundantes joyas y preseas, quedando en vela del templo guardas y sacerdotes: las víctimas para el estreno naturalmente se designaron de Huexotzinco. El ejército de los aliados marchó á la provincia, penetró por tierras de Atlixco, cayendo con fiero empuje sobre los sacrilegos. Duró la batalla varios días, pues en balde pidieron los huexotzinca, según los pactos de la guerra florida, cesaran los combates; llevaban orden los tenochca, de traer un número determinado de prisioneros, y mientras no le completaron, pelearon y pelearon, sin dárselos nada por las inmensas pérdidas de los suyos: completa la cuenta tornaron á México, entrado con los honores triunfales. De los desventurados prisioneros, á los unos desollaron vivos, trayendo por las calles los cueros como en la fiesta del *tlacaxipehualiztli*; dieron á los otros sacrificios de fuego, que como recordaremos, consistía en que cuatro ministros, tomaban á la víctima por los pies y las manos, la ponían sobre las llamas del brasero divino, dábanle tres movimientos de alto á abajo, soltándola al cuarto meneo en la lumbre, de donde medió quemada y antes de espirar la llevaban al *techcatl* para sacarle el corazón. El resto de los cautivos fueron conducidos al nuevo templo de la Toci, para ser aspados y asacteados en el *Tocicuahuitl*, según había inventado el emperador. (1)

Los huexotzinca estuvieron atentos con lo que hacían á sus compatriotas, y una vez terminado el sacrificio, convidaron respetuosamente á Motecuhzoma á la fiesta que iban á hacer á su dios Camaxtle: no asistió el emperador, aunque envió representantes suyos. Los huexotzinca desplegaron en aquella un gran lujo, como en emulacion de los méxica, y un refinamiento de crueldad propio pa-

(1) Durán, cap. LXII.—Tezozomoc, cap. noventa y nueve. MS.

(2) Durán, cap. LXII.—Tezozomoc, cap. ciento. MS.

